



NADIE AL OTRO LADO

JORDI SIERRA
i FABRA

Nadie al otro lado

Jordi Sierra i Fabra



Edición ejecutiva: Paloma Jover
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Marta Mesa

© del texto: Jordi Sierra i Fabra, 2016
www.sierraifabra.com
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8579-7
Depósito legal: M-3847-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*There are things that are known;
in between, the doors.*

Hay cosas conocidas y cosas desconocidas;
en medio están las puertas.

WILLIAM BLAKE

[A]

Las primeras
24 horas

Apareció delante de ella como salido de la nada.

–Helena.

Le observó.

Un poco más alto que ella, no demasiado; más atractivo que guapo, aunque no como para perder la cabeza; pelo un poco largo, ojos profundos.

Lo más bonito: sus manos y sus labios.

–Hola, Gabriel.

Sabía que se llamaba Gabriel. Habían hablado poco, casi nada, una palabra aquí y otra allá desde el momento de aparecer y dejarse ver por el pueblo y las urbanizaciones, pero su nombre fue lo primero que le dijeron.

Sus amigas le daban codazos.

–Te está mirando –le decían.

–Le gustas.

–Cualquier día se te planta delante y te invita a salir.

Ese día parecía haber llegado.

Lo tenía delante.

Era la primera vez que estaban solos. En todas las demás ocasiones, siempre había habido gente a su alrededor.

–¿Qué tal?

–Bien.

–Me gustaría enseñarte algo.

–¿A mí?

–Sí.

–¿Qué es?

–En mi casa. Vivo aquí cerca.

Gabriel tendría veintitrés o veinticuatro años. Helena, diecinueve. Según como se mirase, la diferencia era considerable.

Pero en ese momento no se trataba de eso.

–Ya sé dónde vives. ¿Qué quieres enseñarme?

–Tienes que verlo.

La mañana era agradable. Otra agradable mañana de verano sin nada que hacer en el agradable pueblo en el que le había tocado nacer y vivir.

Y tratándose de un pueblo de montaña, la temperatura también era eso: agradable.

–¿Quieres que vaya a tu casa ahora?

–Sí.

–¿No puede ser luego? Me están esperando –mintió.

–No, tiene que ser ahora –él miró su reloj–. Antes de veinte minutos.

–¿Qué pasa después? –frunció el ceño.

–No puedo decírtelo. Esa es la sorpresa.

¿Una sorpresa?

En un pueblo todos se conocían, más o menos. Así que sabía que Gabriel vivía solo en un pequeño chalé medio perdido, sin muchas relaciones; que trabajaba en casa en algo relacionado con la informática, o eso decían los que siempre creían saberlo todo de los demás, y que era nieto del señor Indalecio, al que se habían llevado a una residencia porque estaba muy mayor.

–¿Una sorpresa? –lo dijo en voz alta.

Gabriel sonrió.

Lo hizo con encanto.

–Vale –Helena se encogió de hombros.

Echaron a andar, uno al lado del otro.

No se veía un alma por ninguna parte.